

tiples, que solamente le daban existencia en su relación con los dioses, con los ancestros o con la comunidad. Fue por medio del ejercicio obligado de la confesión, de la propuesta de modelos de espiritualidad que permitían vivir la creencia singularmente y del uso pastoral de las visiones indígenas, que explican la experiencia subjetiva en un léxico de cristiandad, por lo que la iglesia mexicana triunfó (al menos parcialmente), logrando que los nuevos convertidos interiorizaran una manera inédita de pensar su ser individual y su relación con ellos mismos.

Desde finales del siglo XVI la partida parece ganada por los conquistadores españoles. La antigua cultura quedó hecha trizas, pedazos, o bien, quedó latente. El sistema de pensamientos y de prácticas que permitían la comprensión y manipulación del mundo, que identificaban y captaban la inmanencia de lo divino, se quebró junto con los antiguos poderes y costumbres. Abandonados, los dioses se vengaron: "Como luego de que ellos se hicieron cristianos sus dioses desaparecieron, es entonces cuando ellos comenzaron a morir". Así expli-

can los indios en las *Relaciones* esta muerte epidémica que se llevó a todos —o casi todos—. En el México central, luego de cálculos aceptables, la población cayó de 25 millones de habitantes antes de la conquista a 2 millones en 1570 y luego a 730,000 en 1620. Más aún que la violencia de los clérigos y administradores fue ese cataclismo demográfico el que dio cuenta de la pérdida de los saberes y de la ruptura de las tradiciones.

El giro del discurso

Pero, siguiendo a Gruzinski, esta desculturación por radical que sea, no significa por ello una pérdida absoluta de identidad. Muy pronto las sociedades indígenas se adueñaron, para sus propios fines, de instrumentos intelectuales y de representaciones mentales importadas por los recién llegados. La escritura alfabética, dirigida por todo un conjunto de escribanos que transcribe el náhuatl, invadió las pinturas y determinó una nueva memoria de la comunidad, de manera que el discurso histórico del colonizador fue desviado para fundar los derechos de los pueblos sobre su territorio. Así, lo sobrenatural cristiano fa-

voreció de aquí en adelante las iniciaciones chamánicas y las experiencias alucinatorias. En el siglo XVIII el cristianismo indígena, conforme y respetuoso de su fervor, "colonizó", de hecho, la religión impuesta.

Se disfrutará el libro de Serge Gruzinski porque conforme se avanza aparecen numerosas sugerencias. La historia cultural que él propone, nutrida de lecturas antropológicas y de lecciones de Georges Devereux, no va por la vía fácil. Tiene, de principio, varios postulados: que toda cultura (y más aún en tierra colonizada que cualquier otra parte) es una mezcla movедiza y un frágil compuesto; que cada experiencia singular, y su irreductible originalidad, siempre es estructurada por códigos y convenciones compartidos; que la dinámica de los desplazamientos culturales es reglamentada por las tensiones perpetuas entre aculturación y apropiación. Así, Gruzinski logra lo imposible: identificar la diferencia sostenida en la imitación impuesta, reconocer la identidad en la alienación.

Traducción Marcela Dávalos
Tomado del *Le Monde*

El mundo de Hobsbawm

Jorge E. Aceves

Eric Hobsbawm; *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Ed. Crítica-Grijalbo, 1987, (45), 332 pp.

Eric J. Hobsbawm cumplió setenta años en 1987, su labor in-

telectual y su producción histórica sigue tan fructífera como hace veinte o treinta años. No sólo por la abundancia de sus escritos y conferencias, sino también, y quizá más, por las nuevas formas y aproximaciones teóricas y metodológicas que muestran sus trabajos. Aunque es conocida la am-

plia gama de sus intereses temáticos, es probable que en Inglaterra sea mejor conocido como un historiador del capitalismo industrial y de la clase trabajadora; o que en el sur italiano, en Perú u otro país latinoamericano por sus trabajos sobre los "rebeldes primitivos" y el campesinado; y quizá

para otros, ni siquiera es conocido como Eric Hobsbawm, sino más bien recordado como Francis Newton, su seudónimo como crítico de jazz.

Al revisar su amplísima obra encontramos que lo mismo han sido temas de su interés el desarrollo del capitalismo, la clase y el movimiento obrero, los rebel-des primitivos y las sociedades agrarias, que temas como el marxismo, el socialismo, el nacionalismo, el anarquismo, el comunismo y el imperialismo; la revolución, las guerrillas e insurrecciones; las ideologías, el estado y los intelectuales; hasta asuntos relacionados con la cultura popular, el arte, la literatura, las tradiciones obreras o bien el jazz.

E.J. Hobsbawm nació en Alejandría, Egipto, el 8 de junio de 1917, de madre austríaca y padre inglés de origen ruso. Durante su niñez vivió en Viena de 1919 hasta 1931, luego pasó a Berlín hasta que Hitler llegó al poder, entonces viaja a Inglaterra. Allí continuó sus estudios básicos hasta doctorarse en la universidad de Cambridge con un trabajo titulado "Fabianism and the Fabians, 1884-1914" en 1950.

Hobsbawm pertenece a una generación de importantes historiadores marxistas ingleses de la talla intelectual de Gordon Childe, Christopher Hill, Rodney Hilton y también Raymond Williams, aunque éste no sea estrictamente un historiador; cada uno de ellos cuenta con un rico historial en aportaciones originales y sobresalientes en el campo de una historiografía marxista abierta y fecunda. Hobsbawm, desde sus primeros trabajos, como el de la "Crisis general del siglo XVII" en 1954 hasta su Introducción a "Las Formaciones Económicas Precapitalistas" en 1964, ha con-

tribuido sustancialmente a la renovación tanto de las perspectivas como de los métodos de la investigación científica.

De su vasta producción sólo mencionaremos a las más relacionadas con la historia de la clase obrera, sus movimientos y su cultura: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, (1964); "Las clases obreras inglesas y la cultura desde comienzos de la revolución industrial" (1966); *Industria e imperio, historia económica de Inglaterra desde 1750*, (1968); *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*, (1971); *La era del capitalismo 1848-1875*, (1975). Es en este contexto de su producción historiográfica donde hay que ubicar *El mundo del trabajo* (1984), pues para no ser excepción, esta obra avanza notablemente en el estudio de la historia social del trabajo, así como en su metodología, y dilata el ámbito de la temática hasta los estudios sobre la cultura y formación de la clase obrera, en particular la europea.

El texto, publicado originalmente en inglés, es una selección de los trabajos más sobresalientes sobre el tema de la clase trabajadora de Inglaterra, resultado de conferencias e investigaciones llevadas a cabo por el autor. El contenido es el siguiente: 1) "Historia de la clase obrera e ideología", primero publicado en *Journal of Social History* (1974); 2) "Notas sobre la conciencia de clase, editado por I. Meszaros (1971); 3) "La religión y la ascensión del socialismo", procede de *Marxist Perspectives* (1978); 4) "¿Cuál es el país de los trabajadores?", apareció antes en *Sothar* (1982); 5) "La transformación de los rituales obreros", inédito; 6) "El hombre y la mujer: imágenes a la izquierda", polémico

artículo publicado por *History Workshop Journal* (1978)); 7) "Zapateros políticos", en colaboración con Joan W. Scott, apareció antes en *Past and Present* (1980); 8) "El 'nuevo sindicalismo' en perspectiva", inédito; 9) "La formación de la cultura obrera británica", apareció en francés en *L'histoire* (1979); 10) "La formación de la clase obrera, 1870-1914", inédito; 11) "Reconsideración de la aristocracia obrera", inédito; 12) "La clase obrera y los derechos humanos", inédito.

Como es posible observar, la mitad de los artículos ya eran conocidos por haber sido publicados en diversas revistas y la otra son trabajos inéditos. En español sólo conocíamos su contribución al texto editado por Meszaros, por lo que podríamos considerar a la obra en su conjunto como nueva en nuestro idioma. En el Prefacio, Hobsbawm aclara que su recopilación debe comprenderse como una prolongación y complemento de su anterior obra "Trabajadores". Aunque los trabajos fueron escritos para un público académico, espera que puedan entenderlos y, quizá disfrutarlos, personas que no se interesan por la historia de la clase obrera o aun aquellas que no tienen interés por cualquier otro tipo de historia.

El tema principal de los textos gira en torno a la formación y evolución de las clases trabajadoras durante el periodo que va de fines del siglo XVIII a mediados del siglo XIX, y se interesa también por la relación entre la situación en que dichas clases se encuentran en el seno de la sociedad y la "conciencia", los modos de vida y las luchas a las que deben su existencia. A Hobsbawm, más que elaborar cronolo-

gías de las organizaciones obreras y socialistas, de sus ideologías y sus políticas como tales (sin que esto implique no considerarlas), le interesa más la realidad de los militantes e integrantes de dicha clase. Por eso examina el mundo más amplio del que formaban parte, procurando siempre relacionarlos con él, ya que según Hobsbawm "es imposible escribir la historia de una clase determinada aislándola de las demás clases, de los estados, instituciones e ideas que componen su marco, de su herencia histórica y, obviamente, de sus transformaciones sufridas por las economías que necesitan del trabajo industrial asalariado y que, por consiguiente, han creado y transformado las clases a las que pertenecen quienes lo ejecutan" (p. 7).

El mundo del trabajo aborda la historia de la relación de las clases trabajadoras con el resto de la sociedad considerando tres fases históricas: la primera, la de la transición a partir de un industrialismo primitivo, en la que de las "clases bajas" o "trabajadores pobres" surge una clase trabajadora industrial, la clase obrera, que posee una forma independiente de vivir y concebir el mundo. La segunda fase, de "separatismo" muy desarrollado, en la que se aprecia claramente la evolución de la cultura, así como las formas de vida, organización y desarrollo político de la clase trabajadora. La tercera fase está definida por la relativa decadencia del "separatismo" y que se refiere a procesos más contemporáneos relativos a las clases trabajadoras posteriores al decenio de 1950. En este libro, Hobsbawm sólo aborda problemas localizados en las dos primeras fases.

Así, el libro se divide en tres apartados: uno, que comprende a

los dos primeros capítulos que son de carácter general y tienen propósitos comparativos. El primero de ellos, que más adelante se sintetiza, trata de los supuestos ideológicos y reflexiones críticas sobre quienes escriben la historia de la clase obrera; el segundo capítulo es una discusión en torno a la obra de G. Luckás "Historia y Conciencia de clase", en donde se examina la naturaleza específica de la conciencia de la clase trabajadora en comparación con otros grupos sociales; además, se discuten los conceptos de clase y de conciencia de clase.

Un segundo apartado integrado por los capítulos del tres al siete, son estudios particulares de orden comparativo y con diferente temática: la relación entre los movimientos socialistas y la religión y de lo que de esto ha resultado; la relación entre la clase obrera y la cuestión nacional; la relación entre tradiciones y nuevos rituales de los trabajadores; el desarrollo de la clase trabajadora y su influencia en el cambio de formas iconográficas vinculadas al movimiento obrero y a la situación de la relación hombre-mujer; y un estudio sobre una figura ocupacional, la del zapatero, y su relación entre existencia y conciencia social.

El tercer apartado comprende del capítulo octavo al doceavo y tratan fundamentalmente de la historia de la clase trabajadora británica. El nueve y diez son los centrales de esta parte, nos ofrecen sendos panoramas generales sobre la formación de la clase y cultura obrera inglesa en amplios periodos de tiempo. Estos son textos inéditos. En esta parte se abordan también los debatidos temas sobre el "nuevo sindicalismo" y la "aristocracia obrera",

ya tratados por Hobsbawm en *Trabajadores*. El capítulo final estudia la historia de los movimientos obreros en relación a los derechos humanos y el papel que históricamente han jugado en la larga lucha de los movimientos sociales que reivindican la experiencia y logros obtenidos por los movimientos obreros y socialistas anteriores a la primera guerra mundial.

Algunos de los artículos han provocado debates acalorados, este fue el caso del capítulo seis publicado primero en *History Workshop Journal* en 1978, en donde varios historiadores, hombres y mujeres, polemizaron y criticaron duramente a su maestro por ciertas consideraciones de carácter parcial y de tinte sexista; el interesado puede consultar los números 6, 7 y 8 de *History Workshop Journal* donde se llevó a cabo la polémica.

Ahora, más que realizar un recuento exhaustivo de los doce capítulos, me detendré en el ensayo que examina críticamente la labor de los historiadores de la clase obrera. En texto "Historia de la clase obrera e ideología" revisa las maneras como se hace ese tipo de historia, los individuos que la producen y las tendencias ideológicas que subyacen en esta historiografía. Hobsbawm opina que la historia de la clase obrera vive en la actualidad (1974) un periodo de auge sin precedentes, por lo menos cuantitativamente hablando. En buena parte la expansión de este campo de estudio se ha debido a su transformación en una disciplina académica. El típico historiador de la clase obrera es un investigador o profesor universitario que se encuentra en un punto en el que confluyen la política y los estudios académicos, el compromiso práctico y la com-

prensión teórica, la interpretación del mundo y el deseo de cambiarlo (p. 11). La historia de la clase obrera ha sido tradicionalmente una disciplina muy politizada —con frecuencia cultivada fuera de las universidades— desde que por 1830 y 1840 el tema comenzó a despertar el interés sistemático de los estudiosos de la sociedad.

Se dan cuenta de las distintas fases en que ha sido estudiada la condición social, económica y política del nuevo proletariado, Hobsbawm observa detenidamente la manera como se escribía la historia de la clase obrera “desde dentro” de los movimientos y por fuera de las universidades. Afirma que estos estudios tendían a identificar a las “clases trabajadoras” con el “movimiento obrero”, y que se asimilaba la historia de la clase obrera con la historia de la ideología del movimiento obrero. Esta historiografía tendió a resaltar la importancia del propio sujeto de estudio ya que nadie le concedía relevancia, pero por lo mismo, con frecuencia se confundió lo importante con lo trivial y secundario. La historia clásica del movimiento obrero se inclinaba a producir una versión esotérica de la historia (p. 14). Esta historiografía tradicional del movimiento era bastante ortodoxa en lo que se refiere a su técnica y metodología. Produjo una gran cantidad de historia narrativa e institucional de corte tradicional. En estos trabajos la historia aparecía vista “desde arriba” y sólo de vez en cuando se vislumbraba lo que efectivamente pensaba el militante de base o el mero simpatizante.

Pero el creciente academicismo de la historia de la clase obrera, explica Hobsbawm, corrigió algunos de los prejuicios de los

que adolecía su versión tradicional, a la vez que otros, los enderezó los mismos cambios experimentados por la práctica política de izquierda (p. 16). De esta manera, los mitos históricos tradicionales son hoy más débiles que nunca en muchos movimientos obreros. El cambio habido en su situación ha tendido a ampliar las perspectivas de los historiadores de la clase obrera. Ahora hay más interés por la clase que por el partido o los movimientos. Sin embargo, la fuerza motriz de la expansión de la historia de la clase obrera es ahora mucho más amplia, tanto en su alcance como en sus métodos, en parte porque ha dejado de ocuparse exclusivamente de lo puramente político, ideológico o incluso económico para interesarse también por la historia social en el sentido más amplio del término; en parte también, por la necesidad consiguiente de explorar fuentes completamente nuevas por medio del uso de técnicas apropiadas y en gran medida originales; y por último, por el contacto con las ciencias sociales de las que ha tomado prestadas y asimilado numerosos recursos. Aunque esto no significa que los métodos tradicionales se hayan agotado (p. 21).

Sin embargo, advierte que se ha caído en tres tentaciones al emplear métodos y técnicas provenientes de las ciencias sociales: la de convertirlas en un fin en sí, en vez de utilizarlas como lo que son, instrumentos de investigación. Se ha exagerado el valor de los datos a los que cabe aplicar las nuevas técnicas y por lo mismo, se ha descuidado la demás información. Peligro presente sobretodo en las vertientes cuantificadoras y comparativas de la historia de la clase obrera que selecciona lo que puede tener valor

estadístico tendiendo a omitir el resto. Finalmente, la que consiste en pasar por alto las ambigüedades y las dificultades conceptuales que contienen los propios datos.

Hobsbawm también llama la atención sobre los peligros de la aplicación indiscriminada de conceptos nuevos provenientes de las ciencias sociales; y no, desde luego, porque sean nuevos o muy originales, sino porque no resulten pertinentes a nuestros propios interrogantes básicos, por lo mismo es necesario velar por la claridad del enfoque, sea cual fuere.

Para esto propone tener presentes tres consideraciones importantes: a) La historia de la clase obrera forma parte de la historia de la sociedad o, mejor dicho, de sociedades concretas, en donde las relaciones de clase, sea cual fuere la naturaleza de la clase, son relaciones *entre* clases o estratos que no pueden describirse ni analizarse de modo adecuado si se toman aisladamente, o si se efectúa el análisis en términos de sus divisiones o estratificaciones internas. b) La historia de la clase obrera tiene múltiples estratos o capas, si bien los niveles de realidad o análisis forman un conjunto: trabajadores y movimientos, la masa y los líderes, niveles socioeconómicos, políticos y culturales, ideológicos e históricos, tanto en el sentido de que funcionan en un contexto que da el pasado como en el de que a lo largo del tiempo experimentan cambios que pueden especificarse. No podemos separar uno o más de ellos del resto ni podemos practicar un reduccionismo excesivo. c) Algunos aspectos de nuestra disciplina son cuantificables mientras que otros no lo son, al menos en términos comparables. El problema reside en el modo de combinar diferentes tipos de

cuantificación con enunciados cualitativos y la manera como se maneja la cuestión de las escalas en los estudios.

Para finalizar, Hobsbawm concluye que la historia de la clase obrera, al igual que todas las ciencias sociales, se ocupa tanto de cambiar al mundo como de interpretarlo. Pero esta relación es compleja, ya que la interpretación tiene que ser objetivamente válida, nos convenga o no. También debería quedar muy claro a qué nos referimos cuando hablamos de "cambiar el mundo"; puesto que existe una relación directa entre la teoría académica y las intenciones políticas (recordemos el Proyecto Camelot o las experiencias en Viet Nam). Así, habría que preguntarse ¿De qué manera y en qué dirección queremos cambiar el mundo? ¿Se halla el deseo de cambiarlo implícito en nuestras investigaciones? ¿Corremos el peligro de olvidar que el tema

y el objeto de nuestras investigaciones son las personas? Finalmente Hobsbawm afirma que no debemos correr el peligro, toda vez que nuestro tema trata de personas: no de la "clase obrera", sino de trabajadores, hombres y mujeres reales. Nuestra labor es crear un mundo en el cual los trabajadores puedan forjar su propia vida y su propia historia, en vez de dejar que se la forjen otros, incluyendo los académicos (p. 28).

No quisiéramos extendernos más ni concluir sin dejar de llamar la atención sobre la riqueza de los demás estudios recopilados. Por ejemplo, es de gran interés el texto dedicado a "La Formación de la cultura obrera británica", en donde nos narra la experiencia de los trabajadores que viven los procesos de industrialización y urbanización durante el siglo XIX, así como las fases del desarrollo de su conciencia de clase y

las maneras como la cultura obrera se fue consolidando y transformando. Nos da una descripción muy bien lograda de las condiciones materiales y de la vida cotidiana de los trabajadores y de las mujeres casadas de la clase trabajadora, subrayando las características específicas de la condición obrera de estas mujeres (p.230 ss). También nos habla de sus tradiciones, de las tabernas, de los deportes, de sus rituales, de su ocio, etc. Un artículo que invita a los historiadores de la clase obrera a incursionar por estos inéditos y sugerentes rumbos.

En fin, cada uno de los textos es una invitación a la reflexión y un incentivo para emprender propios y nuevos estudios. La historia social de la clase obrera tiene en *El Mundo del Trabajo* una aportación de muchos quilates, no sólo por los resultados, sino también por la manera cercana y solidaria de abordarla.

Demografía y fuerza de trabajo

Rina Ortiz

Nicolás Sánchez-Albornoz (compilador), *Población y mano de obra en América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, 326 pp.

Es evidente el creciente interés que ha suscitado en las últimas

décadas el estudio de la historia económica y social de América Latina; los avances en este orden han sido considerables: se han delineado las tendencias generales del desarrollo económico y señalado aquellos problemas y temas que precisan de una mayor profundización. Entre éstos des-

taca la necesidad de acercarnos a la comprensión de las modalidades que asumió la explotación de la fuerza de trabajo antes de que ésta concurriera libremente al mercado. La presencia de fenómenos como el reclutamiento forzoso de trabajadores o el recurso a la inmigración para resolver las